

LA NOVELA FILM

N.º 50

30 cts.



POR ORDEN DE LA POMPADOUR

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vlla
Urgel, 7.-BARCELONA

Prohibida la
reproducción

LA NOVELA FILM

Redacción | Laurie, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 50

POR ORDEN DE LA POMPADOUR

Comedia de gran espectáculo,
interpretada por la
célebre artista

LYA MARA

PRODUCCIÓN

PHOEBUS FILM

Grandes Exclusivas
de

MODESTO PASCÓ

Rambla Cataluña, 62
BARCELONA

LA NOVELA FILM

Producción de la
Luz de la
Cine

N.º 10

LA NOVELA FILM

LA NOVELA FILM

LA NOVELA FILM

LA NOVELA FILM

LA NOVELA FILM



POR ORDEN DE LA POMPADOUR

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En su magnífico "chalet", situado en las cercanías de la ciudad, vivía en la opulencia el fabricante de automóviles Aurelio Fernay. Hijo de un humilde cerrajero, y cerrajero él también en su juventud, tenía la sana alegría y el noble orgullo del que debe su fortuna solamente a su trabajo.

Todos sus antiguos operarios seguían con él, que los trataba como correspondía a su calidad de ex compañeros, y también trabajaban en sus talleres los hijos de esos obreros.

El decano de éstos era el viejo contable David Moulin, que ya desempeñaba su profesión en la cerrajería del padre del fabricante de automóviles.

En la pequeña casita contigua al "chalet", doña Catalina Fernay, madre de Aurelio, vivía muy modestamente, prefiriendo a las riquezas de su hijo un mediano pasar que le aseguraba una existencia digna dentro de su esfera.

Ocupada, en aquel momento, en quitar el polvo a los *bibels* y marcos de retratos que reposaban en la cornisa de la chimenea de calefacción del comedor, doña Catalina contempló un instante la efígie de sus hijos, a saber: Aurelio, el mayor; Felipe, el segundo, que residía en América, donde había conseguido, a fuerza de energía y actividad, abrir la puerta de oro que conduce a la fortuna; y Esteban, el hijo menor y el más desgraciado. Fué escritor y soñador impenitente: su alma de artista desdeñó los cauces prácticos de la vida, y la muerte le sorprendió cuando empezaba a gustar el sabor agri dulce de la gloria.

Algunas lágrimas corriéron por los surcos de las mejillas de la anciana, y en aquel instante, Luciana, la hija del escritor, en cuyo carácter alegre y ligero florecían también las rosas del ensueño, irrumpió en la casita y, antes de que su abuelita la viera, se detuvo ante una pequeña vitrina que pendía de la pared, la abrió, quitó una gasa y una corona que había dentro, se lo puso todo, en torno a su frente ésta y de la frente hacia la espalda y hasta los pies aquélla, mirándose coquetamente al espejo.

Doña Catalina regañó dulcemente a su nieta al verla:

— Los recuerdos que son como reliquias no se tocan, Luciana... Ese velo adornó a tu madre el día de su boda, y debe ser sagrado para ti.

— Perdon, abuelita; me entró el deseo de verme... así... de novia... y...

No pudo terminar, Dobláronsele las rodillas

y cayó de hinojos a los pies de la anciana, llorando por la pérdida de su buena madre, acaecida años atrás.

En tanto, Aurelio hablaba con Jorge Rameau, ingeniero mecánico de su fábrica y aspirante a



... Jorge Rameau, ingeniero mecánico y aspirante a la mano de Luciana...

la mano de Luciana, sin que de ello estuviere enterado nadie más que la interesada, él, y la simpática abuelita.

Aurelio, muy satisfecho de los servicios que prestaba Jorge en los talleres, le decía:

—El nuevo torpedo que usted ha perfeccionado, me parece excelente, Rameau. Si, como espero, triunfa en las carreras, será usted nombrado director de mi fábrica.

Jorge agradeció vivamente la honrosa tute-



...y sonriente, le hizo una seña que significaba que al minuto se reunía con él.

ción de su jefe, y, como si le faltara el tiempo, fué a dar la noticia a Luciana.

Esta vió a su novio desde la ventana del comedor de la casa, y sonriente le hizo desde la misma, con la mano, una seña que significaba que al minuto se reunía con él.

En efecto, observados por la callada anciana, hasta que desaparecieron del alcance de sus fatigados ojos, Luciana y Jorge paseaban por el jardín, poco después de haberse visto desde lejos.

Aunque notablemente distanciados por la diferencia de fortuna, las almas de los enamorados se buscaban con la esperanza de unirse un día eternamente.

Ajeno de ello, Aurelio, tío de Luciana, se dedicaba tranquilamente a realizar sanos negocios. A la sazón, su ideal era poder hacer una alianza con su colega, el duque Fernando de Riverolles, que se ocupaba en lo único que puede ocuparse actualmente un aristócrata, sin detrimento de sus 'pergaminos': en la fabricación de automóviles de lujo.

—Desengáñese usted, duque. Una unión de nuestras fábricas sería altamente benéfica para los dos—le decía Aurelio al noble, en su propio despacho.

—Su proyecto me parece bien, pero espérennos... Mi decisión dependerá del resultado de su nuevo coche en las carreras—le respondió el duque a Aurelio.

Entonces, éste, ponderó el nuevo motor de la casa, puestas sus esperanzas en el triunfo.

En el jardín, Luciana y Jorge paseaban su romanticismo.

—Tengo que darte una gran noticia, Luciana... Si nuestro último modelo de coches torpedos gana en las próximas carreras, tu tío me

dará el cargo de director de la fábrica—la enteró el ingeniero.

—¡Magnífico! ¡Y yo seré la señora directora!—exclamó, feliz, Luciana.

Al poco, la joven entró en el despacho de su tío Aurelio, ignorando que éste estaba con el duque, y como su pariente la autorizó a entrar, fué presentada por él al duque, que quedó gratamente impresionado de su belleza.

Aquel mismo día, Aurelio recibió, de su cajero, un aviso de escasez de fondos.

—Señor Fernay, mire usted los vencimientos que tenemos para fecha próxima, y apenas hay dinero en caja.

Aurelio no le dió importancia a la noticia, contestándole, al cajero, así:

—Usted, tan pesimista como siempre, David... No se preocupe... Esta es una crisis que toca ya a su terminación.

Y llegó el día de las carreras, en las que estaban cifradas las esperanzas de tres personas: Luciana, Aurelio y Jorge.

El duque acompañaba a Aurelio y a su sobrina, en quien había puesto sus ojos desde la primera vez que la conoció, en el despacho de aquél, en donde ella, al igual que a su tío, le regaló una flor quitada de un ramo que hiciera en el jardín.

Luciana dió alientos a Jorge para que venciera y dióle la flor que llevaba prendida en el pecho, junto al corazón.

—Será esta flor, por venir de tus manos, el

amuleto que me dará el triunfo—murmuró Jorge a su amada.

Próxima a ser dada la señal, cuando los interesados en vencer eran presa de la mayor intranquilidad, apareció Carlos, el pariente lejano de Luciana, que llevaba a todas partes, como una gaja bandera, su optimismo y su buen humor inalterable, quien dijo:

—Esta noche he consultado con la almohada, y la almohada me ha dicho que venceremos en toda la línea.

Comenzó la carrera. Los coches partieron ligeros para emprender seguidamente una carrera loca.

Entre el público, los partidarios de uno u otro coche aplaudían o se desalentaban, según fuera ventaja o desventaja lo que llevaba su marca preferida.

Luciana, subida en una silla, daba rienda suelta a su entusiasmo al comprobar que Jorge iba a la cabeza de los corredores, con el coche equipado con su nuevo motor.

El duque no comprendió que ese entusiasmo iba únicamente dirigido a Jorge, sino que supuso que la joven deseaba el triunfo de su tío a fin de que éste pudiera hacer buenas operaciones... y además asociarse con él.

Pero por si también adivinaba que a Luciana le gustaba Jorge, el noble se prometía no ocultarle a ella el sentimiento que le inspiraba.

Los últimos momentos de la carrera fueron emocionantísimos, pero Jorge pudo al fin vencer.

Su llegada, en primer lugar, a la meta, fué coronada con una formidable salva de aplausos.

Luciana y Jorge se expresaban con sus miradas la inmensa dicha que embargaba sus almas.

Algunos días después, Luciana hizo en la biblioteca un descubrimiento muy interesante. —¿Qué es esto, abuelita? ¿Otra novela de papá?

—Sí, hija mía: *Por orden de la Pompadour*, es el título de la última novela que escribió tu padre y la única que permanece inédita.

—No lo sabía... Voy a leerla... No quiero que también sea desconocida para mí... la hija del autor.

Y aquel mismo día —olvidándose de desayunarse— de lo cual sacó provecho el gatito—, Luciana leyó las páginas manuscritas de su adorado desaparecido.

Triunfaba en Francia la galante frivolidad del siglo XVIII, la amable centuria de las pelucas empolvadas y los paisajes de abanico. En los versallescos jardines del señor de Tournheim, los invitados ponían una nota de alegría y de juventud.

—La flor más bella de aquellos jardines era Juana Antonia Poisson, sobrina del dueño de la casa.

—El único varón que aquella tarde alternaba

con las gentiles doncellas amigas de Juana Antonia, era el marqués Carlos de Etioles, muy rico y de poco talento, a quien arrancaba suspiros de amor la belleza picaresca de Juana Antonia.

—La pretendida no había invitado al pretendiente, que era ya viejo, sino sólo a sus compañeras de juegos desde su infancia. El autor de tal invitación había sido el señor Lenormand de Tournheim, dueño del palacio y tío de Juana Antonia, personaje influyente en la corte de Luis XV.

—Las encantadoras doncellas aceptaban en sus juegos la intromisión del marqués con el solo propósito de reírse de sus necedades, muy poco en consonancia con sus años.

—Aquella tarde, jugando a la gallina ciega, Juana Antonia y sus amigas gastaronle al marqués la maliciosa broma de poner a su alcance, en lugar de una de ellas, un horriquito.

—¿Dedúzcase la sorpresa del noble, al comprobar, a través de sus impertinentes, la categoría del animalito?

—Como las preciosas niñas se reían de lo lindo, el marqués, refunfuñando como un niño, se internó en el palacio, para quejarse a su amigo de Tournheim de ese género de bromas...

—En aquellos momentos, el padre de Juana Antonia, encarcelado por delitos políticos, mientras su hija lo creía viajando por el extranjero, conseguía huir de su prisión.

—La evasión del preso fué advertida en el

acto, y se tomaron las precauciones necesarias para cortar el paso en el bosque.

"Mandaba las fuerzas lanzadas en persecución del fugitivo el teniente Andrés de Roban, bizarro militar a quien esperaba en la noble carrera de las armas un brillante porvenir.

"Tras muchos sacrificios y jugando habili-



¡Dedáscose la sorpresa del noble al comprobar, a través de sus impertinentes, la categoría del animalito!

dad, el padre de Juana Antonia llegó ante la verja del palacio de su cuñado, y, habiendo querido la casualidad que Juana Antonia estuviera cerca de dicha verja, y sola, el evadido la llamó:

— ¡Juana! ¡Juana! ¡Soy yo! ¿No me reconoces?

"La joven, recobrándose de su asombro al ver a su padre en el deplorable estado físico y moral en que regresaba de su imaginario viaje por el extranjero, abrió la verja y corrió con él hacia el interior de la morada, sin ser vistos por nadie.

— ¡Hija mía, ocúltame!—le había dicho su padre.—Es necesario que sepas la verdad. ¡Me condenaron a muerte y he conseguido huir, pero mis perseguidores me pisan los talones!

"Y Juana Antonia estaba dispuesta a salvar a su padre, quien prosiguió, en llegando a la casa:

— Mi única salvación está en llegar a París y buscar allí un refugio seguro. Pero para ello necesito dinero, veinte mil libras, por lo menos.

"Juana Antonia pensó que su tío no le negaría tal favor a su padre, y le pidió esa cantidad, revelándole el motivo.

"Los dos cuñados no eran muy amigos, mas, no obstante, en trances apurados no podían dejar de prestarse ayuda.

"Pero, no disponiendo, el tío de Juana Antonia, del dinero necesario a su cuñado, fué preciso buscar otro camino para dar con él.

"—El único que podría facilitar esa cantidad es el marqués...—dijo de Tournchem—pero tendrás tú que pedirselo, Juana. A nosotros nos lo negaría.

"El noble fué llamado en seguida, y el tío

de Juana le dijo:

—Marqués, necesitamos urgentemente veinte mil libras.

—¿Para qué?

—Ese dinero es para Juana.

—Ah! Bien. Mas... antes de tomar cualquiera decisión, desearía hablar a solas con vuestra sobrina.

—El tío de Juana dejó solos a ésta y al marqués.

—El viejo verde, práctico, hablóle sin ambages a su pretendida:

—Yo no tengo inconveniente en daros ese dinero, señorita... pero necesitaría primero saber si estáis dispuesta a ser mi esposa.

Juana vaciló un poco, mas el deseo de salvar a su padre de la muerte, pues los soldados al mando del teniente Andrés de Rohan, habían ya traspuesto el umbral de los jardines del palacio, siguiendo la pista del fugitivo, fué más fuerte que la repulsión que sentía por el noble.

Orgulloso de su triunfo, el marqués extendió allí mismo el cheque por la suma pedida, sobre un banquero de Metz, y Juana Antonia se lo entregó a su padre, sin enterarse de ello el marqués.

—Unos segundos después, el teniente de Rohan se presentaba, con un piquete, al dueño del palacio.

—Venimos en busca de Poisson, que se ha fugado de las prisiones militares. Sospecho que ha buscado refugio en esta casa.

—El tío de Juana la presentó, así como al marqués, al teniente, y tratando de evitar que los soldados hicieran un registro en el palacio, de donde no había podido salir su padre, la joven demostró extrañeza por la sospecha del militar, diciendo:

—¿Cómo es posible que busquéis a mi padre? ¿Os creéis que, si ha huido, hubiera venido o vendrá aquí, donde vive su familia? ¿Os creéis acaso que le oculto bajo mi falda?

—El teniente fijóse en los bellos ojos de Juana, pero no olvidó su deber. Su primera medida de precaución fué impedir que nadie saliera de la casa, y, con sus soldados, procedió a hacer en ella un minucioso registro.

Juana logró, sin ser sorprendida, cambiar unas palabras con su padre, y tras ello éste pareció recobrar su perdida tranquilidad.

—El registro efectuado por los soldados resultó infructuoso; sin embargo, el teniente mandó de nuevo a sus hombres que explorasen escrupulosamente los jardines y los pabellones.

—Esta orden del oficial obedecía al deseo de platicar con Juana, que sabía coquetear como si nunca hubiera hecho otra cosa.

—Ya a punto de regresar sus soldados con la afirmación del fracaso, el teniente dijo a Juana:

—Señorita, no podéis imaginaros cuánto siento el tener que separarme pronto de vos... ¿Es tan amable vuestra compañía!

—En esto apareció una carroza que se detuvo ante Juana y el militar, a quien ella dijo:

—¿Me permitiréis que regrese a París, teniente? Mi coche está esperando.

—¿Y vos me permitiréis que os visite allí alguna vez, señorita Poisson?

—¿Por qué no, teniente?

—Y así, Juana y su padre,—que se había disfrazado de cochero,—pudieron llegar sin peligro a la capital.

—Me has librado de una muerte cierta, Juana... Hay que reconocer que eres una joven ingeniosa—no pudo menos de confesar su padre.

II

No tardó en conocerse en París la fuga de Poisson, y aquella aventura costó la libertad al teniente Andrés de Rohan, que fué juzgado en Consejo de Guerra.

—¿Vos dejásteis escapar al condenado a muerte, porque sin duda os interesaba más decir galanterías a la señorita Poisson!—le acusó el juez.

—Y sonó una bofetada. El teniente, ciego de ira por la falsa idea, había castigado al que debía aclarar en justicia los hechos, quien, humillado, dictó sentencia inmediatamente.

—¿Habéis faltado a un superior? No olvidéis que esto se castiga con la muerte!

Desde su encierro, en espera de que se cumpliera la trágica sentencia, el teniente escribió a Juana Antonia la siguiente carta:

Señorita:

Os bastásteis de mí, jugásteis con mi buena fe, y vuestro engaño me cuesta la vida. Os en-

vio estas líneas, para que en medio de vuestras alegrías ponga una sombra el recordimiento.

Andrés de Rohan.

Juana, vivamente adigida por el castigo impuesto al teniente por haber dejado escapar al evadido, manifestó a su padre el pesar que la llenaba toda, y aquél le dijo:

—Lo más práctico es que vayas a ver sin pérdida de tiempo a nuestro primo Bernis y le pidas que te presente al Rey.

Aquel día era el anterior al de la muerte del teniente, y en la cárcel se leía al condenado el edicto real.

Por orden de Su Majestad el Rey Luis XV, el teniente Andrés de Rohan, acusado de negligencia y de indisciplina, será pasado por las armas mañana al amanecer.

Bernis, cortesano astuto y adulator, era el brazo derecho de Luis XV.

Entrado aquél del deseo de Juana, la citó en palacio, y al llegar en él su prima, le manifestó con satisfacción, a la par que admiraba su singular belleza:

—Llegáis a tiempo, prima. El Rey está en uno de sus momentos de buen humor, y no se negará a concederos el perdón del teniente Rohan.

En aquel momento, Su Majestad el Rey Luis XV de Francia, que gustaba de olvidar en ocasiones las altas responsabilidades de la corona, para dedicarse a otros menesteres mucho más modestos, preparaba una salsa en la cocina.

“Bernis fué a interrumpirle:

“—Majestad, una dama solicita el alto honor de ser recibida por vos.

“—¿Visitas ahora, Bernis!... Precisamente cuando esta salsa empezaba a estar riquísima... Pruébala y te convencerás.

“—Oh, es exquisita, Majestad! ¡Algo digno de ser saboreado por los dioses del Olimpo!

“—Y... esa dama... ¿es agradable?

“—Divina, Majestad!

“—Vamos.

“La belleza de Juana gustó extraordinariamente al Rey, que la recibió y atendió con singular interés.

“—¿De modo que estáis enamorada de ese teniente y no queréis que muera?

“—Lo segundo es la realidad... En cuanto a lo primero, soy la prometida del marqués de Étioles, señor.

“—Eso no quiere decir nada. Bien. Idos tranquila, que miraré lo que se puede hacer.

“Juana despidióse del Monarca con graciosas reverencias, y apenas solo con Bernis, aquél expresó a su brazo derecho el deseo de su corazón.

“—Me placirá volver a ver a esa joven con frecuencia. Como no pertenece a la nobleza, date prisa a casarla con el marqués de Étioles, y así podrá venir a menudo a palacio.

“Bernis, contento él también, apresuróse a dar la buena noticia a su prima.

“—Me alegró que vuestra belleza haya hecho impresión al Rey.

III

“Pasó el tiempo. Juana Antonia Poisson había llegado a ser la poderosa marquesa de Pompadour, y su talento y su actividad habían hecho que todos los asuntos del Estado pasaran por sus manos.

“Luis XV, enamorado de ella, la eligió favorita de su corazón.

“Tan pronto como la Pompadour tuvo la seguridad de que ejercía influencia en el Monarca, sometió a su real firma el decreto del perdón de su padre, para que éste no tuviera necesidad de ocultarse.

“El Rey, sonriendo casi imperceptiblemente a la diosa de sus amores, firmó... y ella entonces le mostró un segundo decreto, diciéndole:

“—Hay otra persona que todavía sufre inoportunamente, Majestad... Es el ex teniente Andrés de Rohan, a quien desterrásteis al perdonarle la vida.

“En efecto, en la lejana tierra del Canadá, Andrés de Rohan veía transcurrir lentamente los años de su destierro, sin olvidar ni por un momento a la mujer causante de su desgracia.

“El Rey se resistió a firmar la gracia total del teniente—tal vez celoso del interés que por él demostraba la Pompadour—mas ésta, suponiendo que sólo era esa la razón, con los ojos indicó al Monarca que no era nada más que un deseo de justicia lo que la impulsaba a solicitar el perdón del militar.

“Y el Rey firmó al pie del siguiente edicto:

"Al comandante de las tropas coloniales de Montreal

"Por orden de la Pompadour, debe enviarse a Francia, en el próximo barco, al sargento de las tropas coloniales Andrés de Rohan, quien, una vez en París, se presentará sin pérdida de tiempo a la señora marquesa de Pompadour."



—Eso no quiere decir nada. Bien. Idos tranquilo, que miraré lo que se pueda hacer.

"Y pasó el tiempo, y llegó el día en que Andrés de Rohan, bien ajeno de sospechar que bajo el pomposo nombre de marquesa de Pompadour, se ocultaba Juana Antonia Poisson, acababa de presentarse en la corte de Luis XV.

"Enterada de su llegada, la Pompadour dijo a su dama de honor:

"—Vais a prestarme vuestros vestidos, amiga mía. Espero a un antiguo conocido, y no quiero presentarme ante él como la marquesa, sino como su dama de honor.

"Al poco, Andrés de Rohan se encontraba



Juana Antonia Poisson había llegado a ser la poderosa marquesa de Pompadour,

ante la propia Pompadour transformada.

"—¡Vos aquí, señorita Poisson!—exclamó el ex teniente, entre satisfecho y violento.

"—La marquesa de Pompadour me distingue con su amistad, y gracias a ello he podido emplear mi influencia en vuestro favor.

—Señorita, por vuestra culpa perdí mi carrera y la confianza de los hombres... Descaría odiaros, pero en el corazón no se manda. A pesar de todo, vuestra imagen no se ha separado ni un momento de mí...

—En aquella ocasión, yo no pensé más que en salvar a mi padre... Pero sabré reparar el



—... *Es el ex teniente Andrés de Rohan, a quien desterrásteis al perdonarle la vida.*

daño que os causé involuntariamente.

—Aquí, un criado anunció:

—El señor Voltaire pide permiso para visitar a la señora marquesa.

—Que pase—dijo la propia marquesa al criado, y luego a Andrés de Rohan:—Ya veis,

estoy de servicio y nos importunan... Pero desearía poder hablaros con calma en otra ocasión.

—Me hospedo en "El Ciervo de Oro", señorita, y allí aguardo vuestras noticias.

—Voltaire entró en la estancia donde se encontraban la marquesa y el ex teniente. El ilustre escritor detúvose sorprendido de la visita de la Pompadour y de la transformación de ésta en dama de honor.

—Oportuna, la marquesa, hizo una seña a Voltaire para que no la descubriese, y añadió:

—Pasad al gabinete, Voltaire. En seguida avisaré vuestra visita a la señora marquesa.

—Andrés de Rohan se marchó, no sin causarle pesar el tener que separarse de Juana Antonia, y entonces la Pompadour se entrevistó con Voltaire, hablando con él del ex teniente.

—Aconsejádme, Voltaire. Desco ayudar a ese hombre y no encuentro el medio de hacerlo.

—Es militar, ¿verdad? Lo más indicado es que salve la vida al Rey.

—¿Pero, cómo, si el Rey no corre ningún peligro?

—Los peligros se inventan, marquesa. Escuchad...

—Y aquella noche la Pompadour y Voltaire descendieron a las bajas capas sociales.

—He venido a proporcionaros un trabajo delicado y aquí traigo la recompensa...—dijo la marquesa a dos bribones, enterándoles con misterio de lo que se trataba.

—Los hombres, que tenían más lengua que

hechos, aceptaron cumplir las órdenes de la desconocida.

—Sobre todo, que no corra el menor peligro la vida del Rey—prosiguió la marquesa—. Si cumplís fielmente mis órdenes, recibiréis mil libras cada uno.

A aquella misma hora, un grupo de verdaderos conspiradores preparaba un atentado contra la vida del Rey.

Después de haber hecho el pacto que le convenía, la marquesa fué, disfrazada siempre, a visitar a Andrés de Rohan en "El Cierro de Oro".

—¿Sois vos, señorita Poisson! ¡Ansiaba volver a veros... y no creía que ibais a proporcionarme tan pronto esa dicha!—exclamó el ex teniente al entrar ella en su aposento.

—No vengo a visitaros por mi voluntad, sino por orden de mi señora, la marquesa de Pompadour—dijo ella.

—¿Qué quiere de mí esa dama?

—En palacio se han tenido confidencias de cierto complot contra la vida del Rey, y la marquesa desea que vos libréis al Monarca de ese serio peligro.

—Pondré el mayor empeño en cumplir la misión que se me confía, señorita Poisson.

Al día siguiente, cuando el Rey, ante multitud público, en ocasión de una fiesta, regresaba a palacio y ponía pie en la escalinata, y los bribones comprados por la Pompadour iban a lanzarse sobre el Rey y simular un intento de asesinato, los verdaderos conspiradores se adelan-

taron a ellos, para entregar un pliego al Monarca.

Andrés no perdía de vista a los bribones que debían obrar por cuenta de la Pompadour, y tampoco a los verdaderos conspiradores, desde el momento en que éstos se acercaron al Rey.

Y así pudo Andrés evitar que esos conspiradores perpetraran el asesinato de Luis XV, pues vió, a tiempo de evitar que se consumara el hecho, como uno de ellos empuñaba un arma blanca, y, rápido como el rayo, se arrojó sobre el miserable, impidiendo el crimen.

La guardia real detuvo a los conspiradores, mientras Andrés de Rohan se arrodillaba a los pies del Rey.

—¿Quién sois?—preguntó el Monarca.

—Soy el antiguo teniente Andrés de Rohan, Majestad.

—Señor coronel... no olvidaré nunca que os debo la vida—dijo el Rey.

Y Andrés respiró satisfecho de haber reivindicado su pasado con la salvación de la vida del Rey.

Así, la marquesa de Pompadour vió al fin cumplidos sus deseos de reparar el daño que en otro tiempo hiciera a Andrés de Rohan, y en el momento en que, por orden del Rey, debía entregar a aquél la ratificación escrita de la recompensa pronunciada por el Monarca, decidió dar por terminada su farsa, disponiéndose a recibir al nuevo coronel tal como lo que ella era, o sea: la marquesa de Pompadour.

"Júzguese de la sorpresa que recibió Andrés al percatarse de que la marquesa no era otra que la señorita Poisson, su amada.

"No había duda de que lo era, pues aunque ella no se lo dijera al entregarle su nombramiento y su espada de coronel, un criado reveló su personalidad anunciándole a ella que el



... y, rápido como el rayo, se arrojó sobre el miserable, impidiendo el crimen.

Rey la esperaba para jugar su partida de ajedrez.

"—¿Entonces... sois vos la marquesa de Pompadour?

"—Sí... ¿A qué negarlo ya?

"—¿Quién iba a pensarlo!... Habéis sacrifi-

cado vuestra alegría y vuestra libertad para obtener poderío y riquezas... ¡Pero yo os amo! ¡Huid conmigo! Al otro lado del Océano puede sonreír para nosotros la felicidad.

"—¡Imposible, coronel! La marquesa de Pompadour puede daros protección, pero no amor...



... decidió dar por terminada su farsa, disponiéndose a recibir al nuevo coronel tal como lo que ella era, a sea: marquesa de Pompadour.

"Y Andrés, suplicando en vano, no tuvo más remedio que alejarse para siempre de aquella mujer, que empezó siendo lo que era por haberse presentado al Rey para implorarle el perdón para él.

“La marquesa sintió más que nunca el vacío de su alma, y, viendo partir al amor, lloraba... sin fuerzas para retenerlo y ser aún dichosa.

“Sacrificó su amor a su ambición; fué envidiada, respetada y temida, pero no fué dichosa.”



—¡Pobre Andrés de Rohan! dijo Luciana al terminar la lectura de la novela inédita de su padre, y dejando el original en la biblioteca. ¿Qué tanta fué la Pompadour!

Unos días después, en el “chalet” de Aurelio Fernay se celebraba el triunfo de su marca en la carrera de automóviles.

Después de la comida de honor, el duque de Riverolles, que ocupaba en la mesa un sitio inmediato a Luciana, para martirio de Jorge, que comprendía los proyectos del noble, vertió dulces palabras en el oído de la joven, sencilla y encantadora.

No puede usted imaginarse, señorita, lo dichoso que me siento cuando la veo a usted a mi lado.

—Es usted muy amable—le respondió ella, sonriéndole con la mirada a Jorge.

—¿Quiere usted que juguemos una partida de billar?

—Le advierto que juego mucho.

—Será para mí un placer ser vencido.

Durante el juego, Luciana dió sin intención con su tico en el pecho del duque, y éste se apresuró a decir:

—¡En mitad del corazón! ¡El mismo sitio que Cupido acostumbra atravesar con sus flechas!

—¡Ah! ¿sí? ¿De modo que las personas de sangre azul tienen el corazón en el mismo sitio que los demás mortales?



—¡Imposible, coronel! La marquesa de Pompadour puede daros protección, pero no amor...

—¿Por qué no? Todos los hombres somos iguales ante una mujer hermosa...

Aquella misma noche, Aurelio y el duque

siguieron hablando de sus "asuntos", asuntos en que se harajaban el amor y los negocios...

—Desde luego, la fusión de nuestras fábricas es un hecho... pero no olvide usted hablar con su sobrina a propósito de nuestra boda. Deseo que ésta se realice lo antes posible—decía el aristócrata.

—¡Encantado, duque!

Al día siguiente, Jorge sorprendió a Luciana dibujando en la arena del jardín el nombre que tendría casándose con él, o sea: Luciana Raméan, y no quiso demorar más tiempo la petición de su mano.

—Ahora mismo voy a hablar con tu tío, para decirle que te quiero más que a mi vida.

Y Jorge no titubeó en dar ese gran paso.

—Voy a hacerle una confidencia, don Aurelio... Puesto que usted me ha nombrado director de su fábrica, tengo la intención de casarme.

—Me parece perfectamente. Un hombre trabajador necesita crear un hogar... ¿Y quién es la elegida?

—Su sobrina.

El jefe de Jorge frunció el ceño y replicó secamente, demasiado hostil:

—Esta conversación es enojosa y vamos a terminarla en seguida. ¡Mi sobrina no se casará más que con el hombre que yo elija!

—Permítame que le diga, don Aurelio, que Luciana y yo nos queremos. De modo que...

—¡Basta, Jorge! Haga el favor de retirarse.

Un poco después, Luciana, llamada por su tío, conoció su oposición a sus relaciones con Jorge.

—¿Es cierto que le has dado a Jorge tu palabra de casamiento?

—Sí, tío... porque le amo.

—Tú puedes hacer lo que quieras, porque eres libre, pero yo nunca daré mi consentimiento a esa boda!

—Jamás podré amar a otro hombre, tío.

—Escúchame bien, Luciana... Es por tu bien por lo que te hablo... El duque, no sólo te hará dichosa, sino que también puede hacerte brillar, como mereces, en la alta sociedad que él frecuenta... Siempre te ha querido y te ha tratado como si fueras mi hija... Proporcioname tú ahora la orgullosa satisfacción de verte convertida en duquesa de Riverolles...

Luciana se negó rotundamente a acceder a la pretensión de su tío, mas al poco, enterada por el cajero David de la crítica situación de la casa, debido a la escasez de ventas, comprendió que el duque sacaría de apuros a aquél si ella consentía en ser su esposa y sacrificóse en aras de la gratitud, por lo que su tío había hecho por ella desde que murieran sus padres.

Simultáneamente, la abuela, enterada también por el cajero de la crisis, y al corriente además de los proyectos de su hijo Aurelio, que perjudicarían a Luciana, que sabía amaba profundamente a Jorge, mandó llamar por cable, urgentísimo, a Felipe, el segundo de sus hijos, que estaba en América.

El tío procuró, apremiado por el duque, que la boda se realizase a la mayor brevedad, pero

quiso la suerte que Felipe llegase "del otro mundo" el mismo día de ese acontecimiento, presentándose en la casita donde vivía su madre.

La buena anciana, tras el alegrón de estrechar entre sus brazos al hombrón de su hijo, lo puso en antecedentes de todo, y el americano, si bien antes comió con calma, físe luego con toda prisa a tratar de impedir el "sacrificio" de la felicidad de Luciana.

Aurelio se asombró al ver aparecer como de milagro a su hermano.

—¡Hola, Felipe! ¿A mis brazos, chico!

—No, espera. A mis brazos, después, si tienes argumentos para explicar por qué le impones a Luciana un hombre al que no ama... Un duque rico no está mal para los tiempos que corren... pero tú no has tenido en cuenta para este matrimonio más que la satisfacción de tu vanidad... ¡Ver a tu sobrina ostentando un título de duquesa!

—Calla, haz el favor... Aquí llega el novio.

—Menos mal que es joven...

—Te voy a presentar... Mi hermano Felipe, duque.

—De Riverolles, para servirle.

—Gracias... Y yo... de... de América.

En su cuarto, Luciana, vestida de novia, esperaba la hora fatal. De súbito, recordando la novela de su padre y la infelicidad de la Pompadour por haber sacrificado su amor, tomó una inquebrantable determinación: ir en pos del amor, en casa de Jorge, quien, triste y abatido,

veía, a través de los cristales de una ventana, como la lluvia fustigaba la tierra.

—¡No, no!... Yo no quiero seguir el ejemplo de la Pompadour—habíase dicho Luciana.

La fuga de la novia fué pronto notada, y lo mismo el novio que el tío, eran presas de gran



En su cuarto, Luciana, vestida de novia, esperaba la hora fatal.

inquietud.

La abuela, en cuya casita buscaron refugio Luciana y Jorge, fué al "chalet" de su hijo, y, sin que éste se enterara, habló con el duque.

—Señor, vengo a decirle algo importante... Perdone si una pobre vieja se mete en sus asuntos... Supongo que al buscar usted el amor de Luciana desea la esposa amante y la madre cariñosa de sus hijos... Y Luciana no puede ser esto, porque su amor pertenece a otro hombre...

El duque, hombre sensato, comprendió su error... y decidió anularlo, renunciando a la boda.

Entonces, con la ayuda de Felipe, la anciana llevó a Aurelio a su casita, donde esperaban Luciana y Jorge, y en presencia de ellos le ponderó su amor y también la nobleza del duque.

Felipe recriminó, además, a su hermano, por no haberle pedido ayuda si necesitaba fondos adelantados, para sobrellevar la crisis, y añadiéndose a todo eso las caricias de Luciana, calada, como Jorge, hasta los huesos, por haber recibido largo rato la lluvia encima, era forzoso que el río se diera por vencido.

—Tío... el pobre Jorge está esperando una palabra tuya...—le dijo, implorante, Luciana.

Y Aurelio, renunciando al interés y a la vanidad, accedió.

—Bien. Por mí, podéis casaros... A falta de un duque, no está del todo mal un ingeniero.

Y la boda no tardó en celebrarse.

Y he aquí cómo la infelicidad de la célebre Pompadour, sirvió para hacer la felicidad de Luciana.

FIN

Revisada por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO E S P E C I A L

MONUMENTAL PRODUCCIÓN FRANCESA

La Destrucción de París

INTERESANTÍSIMO ASUNTO

El amor, hasta cometer
las mayores locuras

GRANDIOSA EXCLUSIVA GAUMONT

PRODUCCIÓN DE FOTOGRAFÍAS
Asta original 50 cts.,
POSTAL-REGALO:

CHARLES JONES

LA NOVELA FILM se
le todos los martes en
toda España

Colecciones completas y números
sueltos a precios especiales corrien-
tes, de venta en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, R. A.
Barbosa 18-BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los kioscos de España



¿Ha comprado usted ya el quinto volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

Los Hijos de París

O

La Novela de una Obrera?

¡Pida esta obra en todas partes!

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos
Honrarás a tu madre



NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Campos a Santa Brava	El joven Meléndez
2	Los dos hijos	El Príncipe de Tenda
3	Madame Fontana	La Herida
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los novios de la mujer
5	Los esposos de los hombres ricos	Viñetas legendarias
6	Boring, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Morgan
8	Delirio	Rubi Daniels
9	Corrientes cambiantes	Reynolds MacLean
10	Por la puerta de servicio	Edith Cavell
11	Normandía	Charles Fox
12	El Indio	Alvin Karpis
13	Cómo aman las mujeres	Boris Aronson (Fanny)
14	La fuga de la corte	Erskine Kimball
15	Por salvar a la mujer	William Hall
16	Agencia del destino	Lorraine Legrand
17	El niño pacífico	William J. Hart
18	Los Hombres (Exemplar)	Mary Ellen Miller
19	De teatro a teatro	Edith Farnham
20	El Crimen del Millenario Hotel	Bernie Davis
21	La segunda tentación	Samuel Clemens
22	El servicio profesional	Michael Bernard
23	De casa a la muerte	Bertrand Russell
24	¡Faltaba falta de más!	Lena Wilson
25	El canto del amor trágico	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Pala blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnham
28	Alma	Denise Phillips
29	Al fondo del abismo	Georges Heret
30	El milagro de Louisa	Agnes Ayres
31	El caballo de carreras	Charles Farnham
32	La tentación y el dolor	Constance Talmadge
33	La Madona	Pauline Young
34	La Píngüla Española	Stacy Moore
35	Guerra de ciudad	J. Warren Harrison
36	La Broma de una estrella de cine	Pauline Frederick
37	La Hiena de Hunos (Exemplar)	Pauline Frederick
38	¡Soy loca!	Pola Negri
39	La Alarma del silencio	Jackie Coogan
40	La papalota de espías	Mary Carr
41	El eterno Don Juan	Victor Varval
42	Los martires del error	Lillian Bell
43	Penar, la mala memoria	Alberto Capucci
44	El Tío Pacífico	Eve May
45	Leona, Imprudencia y Altruismo	Tom Mix
46	La vida en la ciudad	Pauline Frederick
47	La aventura del vol.	Harry Carey (Cayenne)
48	Alma Divorciada	Georgina Ferrer
49	Resaca de amor	Larry Sargent (Timothy)
50	Por amor de la Penitencia	Lillian Jay

EN BREVE:

La grandiosa novela francesa

El Hijo del Mercado

¡Acontecimiento editorial!

(Biblioteca Femenina de LA NOVELA FILM)

